

aspiran ya los alemanes al ejercicio de un privilegio irritante é insostenible, más si desean que el Estado amolde sus disposiciones á las necesidades de la práctica. A su juicio, el problema es sencillo: hay, dicen, en Bohemia un territorio puramente checo, otro puramente alemán y un tercero de carácter mixto; pues bien, concluyen, bástale al Estado conformar la legislación de las lenguas á esta realidad geográfica. Los checos, sin embargo, consideran á Bohemia como un reino uno é indivisible, y quieren que, en el rincón más apartado de su patria, puedan sus hijos pedir justicia en el idioma nativo. Badeni creyó fácil dirimir el conflicto por medio de un golpe de fuerza; pero olvidaba que el sistema Taaffe había sembrado en las masas los gérmenes del radicalismo, y que el parlamento de mil ochocientos noventa y siete, con sus diputados por sufragio universal, no se parecía al antiguo. En mil ochocientos ochenta y mil ochocientos ochenta y seis, la Cámara había aceptado las disposiciones del gobierno, sin oponer formal resistencia; ahora, los electores proclamaron é impusieron la obstrucción.

La constitución austriaca no funciona desde las ordenanzas de mil ochocientos noventa y siete. El gobierno convoca el parlamento de tarde en tarde y lo cierra enseguida, espantado de los escándalos y tumultos que se promueven en su seno. El conde Badeni, asustado de su propia obra, trató de reconciliar á los checos y á los alemanes; nadie le hizo caso. Como comprendía que de no conseguir que se renovara el compromiso en mil ochocientos noventa y ocho, su caída era inevitable, intentó salir del apuro dando un golpe de Estado parlamentario, con ayuda de los eslavos y clericales, é introdujo por sorpresa en el reglamento de la Cámara la clausura, la exclusión temporal y la facultad otorgada al presidente de pedir auxilio á la policía. El presidente, un polaco, declaró aprobada la reforma por unanimidad: todos los diputados, en efecto, estaban en pie; pero era para mejor dirigirse insultos é invectivas. Los diputados vinieron á las manos; la policía, llamada por el presidente, invadió el salón de sesiones. Se produjeron desórdenes en las calles, y Viena estuvo á dos pasos de la revolución. El conde Badeni dimitió en Diciembre de mil ochocientos noventa y siete. El barón Gautsch recibió el mando interinamente. Se promulgaron por decreto el presupuesto y el compromiso provisional, y como entre los estudiantes alemanes cundía la agitación, se cerraron las universidades. En Febrero de mil ochocientos noventa y ocho se dictaron nuevas ordenanzas, dividiendo el territorio de Bohemia en tres regiones lingüísticas, hasta tanto que por una ley se resolviese definitivamente el asunto; pero los alemanes se negaron á aceptar toda solución acordada por decreto, aunque se dictase con carácter transitorio, mientras los checos clamaban contra el ataque inferido á la unidad de Bohemia. El cinco de Marzo, la corte llamó al poder al conde Thun, descendiente de una de las familias más ilustres y opulentas de Bohemia. Thun se había malquistado sucesivamente con los checos y con los alemanes, y ahora se le daba el encargo de reconciliarlos. Creyóse por un momento

que iba á decir la última palabra en el problema bohemio; no salió, empero, del terreno de las declaraciones vagas é incoloras. Los partidos conservaron sus respectivas posiciones; reapareció la obstrucción, y se cerró el parlamento para permitir al gobierno legislar por medio de decretos.

En Hungría, el barón Banffy, que después de las crisis promovidas por las leyes político-religiosas fué puesto al frente de los negocios públicos, para conseguir la prórroga del compromiso durante un año, había tenido necesidad de prometer que, si antes de primero de Mayo de mil ochocientos noventa y ocho no se llegaba á la inteligencia con Austria, propondría al parlamento una legislación económica no contractual, sino independiente. Temerosa la corte de que este fuera el primer paso para la separación, había hecho que, el veinte de Abril, se depositara en Viena y en Pest el proyecto de compromiso en las mesas de los respectivos parlamentos, y como se calculaba que en Austria continuaría la obstrucción, pensóse desde luego en la manera de orillar la dificultad. Los primeros ministros de los dos países acordaron, pues, en conferencias celebradas en Ischl, el mes de Agosto de mil ochocientos noventa y ocho, y presididas por el emperador, intentar un postrer esfuerzo para vencer la resistencia del parlamento austriaco, y si fracasaba, promulgar por decreto el compromiso definitivo. La ley húngara excluía este medio, por haberse estimado que podía utilizarse como arma para restaurar el absolutismo de Austria; pero el barón Banffy juzgó que era conveniente arriesgarse á cometer una ligera violación constitucional, á cambio de las grandes ventajas que el compromiso otorgaba á los húngaros. La corte, por su parte, tenía empeño en que el arreglo se llevara á efecto; pues, según las cláusulas convenidas, las leyes húngaras no debían ya caducar cada diez años, sino continuar rigiendo en tanto no se variase la constitución, de modo que la corona, rehusando sancionar toda enmienda, podía dar carácter de perpetuidad al compromiso en su nueva forma. No era de esperar que ningún parlamento austriaco votara pacto semejante. El conde Thun lo sabía perfectamente, y en su consecuencia, las ordenanzas aprobándolo estaban ya preparadas. Necesitábase, sin embargo, utilizar la obstrucción como pretexto para cerrar el *reichsrath*, no bien reanudase sus tareas. Pero el misterio de Ischl había transpirado, y cuando el *reichsrath* se convocó en Septiembre de mil ochocientos noventa y ocho, la oposición renunció hábilmente á la obstrucción «técnica», para inaugurar la obstrucción «táctica». Con los discursos y las enmiendas, se logró el mismo resultado que antes con los escándalos y los pugilatos. Los debates se prolongaron hasta Diciembre, y como no llevaban trazas de concluir, el gobierno tuvo que cerrar la Cámara para poder legislar por decreto; mas, careciendo de disculpa con que excusarse, debió asumir la entera responsabilidad del golpe de Estado.

En Hungría, empleó el parlamento la misma táctica obstruccionista, y el gobierno encontróse en no menor embarazo. No siéndole posible al barón Banffy valerse para sus

fin del procedimiento de la clausura, decidióse á prorrogar de hecho el estado de cosas existente. Koloman Tisza, protector del gabinete, prometió absolverle de antemano por una ley, y rehuyendo afrontar las tempestades de la obstrucción, pidió que no se sometiese ésta al voto de la Cámara, sino que los diputados de la mayoría firmasen el proyecto en el club liberal. Ante esta doble infracción constitucional, provocaron una excisión los hombres más distinguidos del partido, contándose entre ellos el presidente de la asamblea y los hijos de Andrassy. Con esto quedó herido de muerte el sistema Banffy, y la corona hubo de capitular ante la constitución. Koloman de Szell, el heredero político de Deak, recibió encargo de negociar con la mayoría y con la oposición, y previa promesa que ésta hizo de dejar pasar el compromiso, retiróse el ministerio. En lugar del pacto de Ischl, triunfó la fórmula Szell, en cuya virtud las leyes económicas votadas en Hungría no serán válidas sino hasta mil novecientos siete, no pudiendo tampoco prorrogarse más allá de esta fecha los tratados de comercio que expiraran en mil novecientos tres, y debiendo revisarse entonces las tarifas de aduanas. Hungría tendrá, pues, un triple medio, en mil novecientos siete, para hacer triunfar sus reivindicaciones. La mayoría liberal no opuso obstáculo á la aprobación de estos arreglos. En Austria, se pusieron en vigor por medio de decretos. El ministerio Thun cayó en mil ochocientos noventa y nueve. El gabinete Clary, que le reemplazó, tenía contra sí la mayoría del parlamento, y al finalizar el siglo, los *jóvenes checos* se parapetan en la obstrucción, abandonada por los alemanes.

En resumen, las luchas políticas, religiosas y sociales son más violentas en Austria-Hungría que en ningún otro país de Europa: la cuestión de las nacionalidades las agrava. La iglesia domina hoy allí, y es quien impulsa y sostiene el movimiento antisemita, no sólo en Viena, sino en Bohemia y Polonia. Los clericales alemanes se alían con los eslavos, y, en cambio, los pangermanistas de Schörener inician una campaña de «separación de Roma» y conversión al protestantismo. Las clases medias vacilan entre sus tradiciones liberales y su temor á las novedades radicales. Sólo los demócratas, radicales y socialistas, combaten, con fruto, á la nobleza y el clero coaligados. Los antiguos partidos desaparecen. No hay ya izquierda alemana, y los *jóvenes checos* sufren las consecuencias de la conducta que observaran con los *viejos*, siendo ya prisioneros del clericalismo. En vano se dirigen angustiosos llamamientos á la lealtad dinástica; no encuentran sino un eco apagado. Hungría parece más fuerte, más una, más resuelta. No obstante, la amagan peligros no menos visibles. El proletariado agrícola yace en la miseria, y en las ciudades asoma el problema socialista con el creciente desarrollo de la industria. El Estado húngaro, que está aún supeditado á la pequeña nobleza rural, no se adaptará á las nuevas condiciones sociales sin experimentar profundos sacudimientos. La iglesia no le perdona las leyes político-eclésiásticas, y le suscita cuantos obstáculos puede. El partido popular

católico da la mano á los eslavos inquietos y á los croatas, siempre agraviados y celosos. Servios y rumanos sólo están tranquilos en la apariencia. El imperio de la aristocracia madgyar corre á su fin.

El dualismo no subsiste más que en el nombre. Tal vez se evite la separación mediante otras combinaciones; pero el ensayo será arriesgado. El poder, la fuerza, la existencia misma de Austria y Hungría dependen de su unión. Abandonada cada una á sus propias fuerzas, no resistiría largo tiempo á la ambición y la codicia de vecinos poderosos. Una idea: he aquí lo que falta á la monarquía austro-húngara. Los Hapsburgo expían la falta de haber despreciado siempre las fuerzas morales, fiando exclusivamente su poder á las materiales. Si no hay tacto y habilidad en los hombres de Estado austriacos y húngaros, serán los diplomáticos y políticos europeos los llamados á resolver la cuestión austriaca.